

A un mes de los comicios presidenciales del 27 de abril, las opciones electorales parecen no ofrecer siquiera un soplo de renovación. Las constantes y multitudinarias protestas de fines del 2001, impulsadas por la peor crisis de la historia de ese país, pedían a gritos que se vayan todos. Sin embargo, parece que todos se han quedado.

Argentina: Los saldos

Claudia Acuña

Aquel 19 y 20 de diciembre del 2001, miles de personas gritaron juntas y a viva voz "que se vayan todos". No fue una consigna política, sino un ruego. Frente al precipicio, la primera reacción fue ese grito.

"Todos" eran entonces la Corte Suprema de Justicia en particular, los políticos en general y, fundamentalmente, los responsables del

destino económico de los argentinos, acorralado y en *default*. A pocos días de las elecciones presidenciales, las consecuencias de esa protesta que desnudó la dimensión de la crisis institucional argentina es una paradoja.

"Se quedaron todos", sintetiza el historiador Natalio Botana.

Es cierto que si se repasa la lista de aspirantes, no es posible encontrar ni un solo soplo de renovación. De los

Claudia Acuña, periodista argentina, directora de www.lavaca.org, agencia de noticias independiente que difunde informaciones sobre los nuevos movimientos sociales argentinos bajo el lema anticopyright. Premio Rey de España de Periodismo, fue directora de la revista dominical *Viva*, del diario *Clarín*, fundadora y responsable periodística de la revista *trespuntos* y editora del diario *Página 12*.



Fotos: Archivo La República

cinco candidatos con más chances, tres son justicialistas, aunque no es esta la única coincidencia. Según Botana, comparten idéntico origen feudal y conservador en la construcción del poder:

"Con la experiencia que depara más de una década de gobierno, Carlos Menem es un líder nacional, pero su trayectoria pasada y sus ambiciones presentes no se entienden sin el férreo control que siempre ejerció sobre La Rioja, refugio y sitio de peregrinaje para sus adeptos, desde donde Menem programa su retorno al centro de la escena. Curiosamente, aunque pretendan situarse en las antípodas, Adolfo Rodríguez Saá y Néstor Kirchner son hijos dilectos de la misma tradición hegemónica. Dominaron primero una provincia pequeña, donde se perpetuaron como gobernadores, para saltar luego en busca del trofeo de la presidencia".

Desde luego, los justicialistas no están solos en la carrera presidencial. En el quinteto que atrae las preferencias se destacan también la actual diputada Elisa Carrió y el

fugaz ministro de Economía de De la Rúa, Ricardo López Murphy. "En realidad, estas candidaturas también comparten coincidencias: están desgajadas del tronco del radicalismo y han conseguido el apoyo de partidos y líderes surgidos de antiguas agrupaciones provinciales", completa Botana.

La anémica campaña electoral tiene como contrapartida violentas internas que han enfrentado ante la justicia tanto a líneas internas del Partido Justicialista cuanto a las del Partido Radical, que exhiben sin pudor y con escándalos las heridas de la decadencia. Al decir del dirigente justicialista Julio Bárbaro (ex secretario de Cultura de Carlos Menem), "es la consecuencia de la muerte de los grandes paradigmas políticos de la Argentina. El peronismo murió. El radicalismo murió. Lo que queda es folklore. Gestos. Vestigios. Y la única salida es replantar todo: la política, el Estado, el país". Tareas que requieren tiempo y esfuerzo.

En abril, por lo pronto, ese país liquidado lo único que

puede ofrecer en la vidriera electoral es una mesa de saldos.

Sin embargo, si nada nuevo hay por aquí es porque hay un allá que quedó muy lejos de las disputas electorales: en ese abismo adonde han caído la mitad de los argentinos durante este último larguísimo año, las elecciones presidenciales son un fastidio, una mosca que sobrevuela el sudor de esa frente agobiada por el esfuerzo de sobrevivir, día a día, a todo. Y pese a todo.

El pozo

La caída iniciada aquel diciembre arroja hasta ahora los siguientes resultados:

— Un estudio de la consultora EQUIS, que dirige el sociólogo Artemio López, estima que entre abril y octubre del año pasado, dos mil argentinos quedaban diariamente por debajo de la "línea de pobreza". Entre octubre del año pasado y marzo de este, esa cifra se cuadruplicó. Trepó a ocho mil argentinos *por día*.

— Actualmente, el número de personas bajo la condición de pobreza es de casi dieciocho millones, mientras que el año pasado era de 11,7 millones.

— La tasa de desocupación supera ya el 25 por ciento de la población económicamente activa. Es la tasa de desempleo más elevada de toda la historia. Se calcula que los

En ese abismo adonde han caído la mitad de los argentinos durante este último larguísimo año, las elecciones presidenciales son un fastidio, una mosca que sobrevuela el sudor de esa frente agobiada por el esfuerzo de sobrevivir, día a día, a todo. Y pese a todo.

desocupados son casi 3,3 millones de personas, 57 por ciento más que en el 2001.

— Tras la devaluación, el costo de vida creció 43,6 por ciento, y la canasta básica de alimentos, 77,9 por ciento.

Esto también significó, según interpreta el sociólogo Artemio López, que "la mitad de los trabajadores que en diciembre del 2001 ganaba 400 dólares, ahora gana menos de 100. Fue el gran efecto de la devaluación. Logró una caída de los ingresos de casi el 60 por ciento. Ese fue el objetivo. No se hizo para mejorar la competitividad, porque la Argentina hoy no exporta prácticamente nada. El objetivo de la devaluación fue licuar las deudas de los grandes grupos económicos. Obviamente, también el gasto público se licuó en esa proporción. Estamos en un país que premió a los que deben y castigó a los que ahorran".

La doctrina Maradona

Una vez más, el vocero natural de esta Argentina sufriente y desesperada, que está en el fondo del pozo, fue el ex futbolista Diego Armando Maradona: "Si los argentinos estamos como estamos es por culpa nuestra. Y si dejamos que se postulen los mismos que nos robaron, también es culpa nuestra. Por eso, no voy a votar. Para no ser cómplice", sintetizó.



Los cálculos menos pesimistas consideran que 40 por ciento de la población aplicará la doctrina Maradona y que, por eso, la cifra de abstención y votos en blanco será la más alta de la frágil historia democrática.

Según la conclusión central de la última encuesta de alcance nacional realizada por la empresa Ipsos, "es altamente probable" que la elección presidencial se defina en segunda vuelta y que "cualquiera de los cinco candidatos que lideran la intención de voto tengan probabilidades ciertas de contarse entre los dos primeros y acceder al *ballotage*". Sin embargo, el principal problema es otro: si la abstención es alta, el

ganador heredará una investidura débil y desgastada.

Las asambleas barriales y los movimientos piqueteros, por lo pronto, están organizando una "contracampaña electoral" que imagina una serie de acciones destinadas a dejar en claro qué piensan de los candidatos. Que estas acciones representan algo más que una expresión folclórica del descontento es algo que se refleja en las palabras del general Alfredo Lafuente, director del Comando Electoral, responsable de las fuerzas de seguridad destinadas a custodiar las urnas: "Buena parte de nuestros 85 000 efectivos esta vez estarán destinados a la contención de piquetes y cortes de ruta", aseguró.

Por lo pronto, el actual gobierno de Eduardo Duhalde pidió formalmente a la Organización de Estados Americanos que envíe una comisión de veedores para garantizar la transparencia del proceso electoral de abril y prevenir escándalos y hechos de violencia. Al decir de Botana, "luchar por la transparencia de estas elecciones, por un acto electoral limpio y sincero, es clave, ya que quizá este sea el último reducto de nuestra frágil legitimidad democrática".

La tensión

La acumulación de conflictos no resueltos que ha quedado expuesta en esta crisis es lo que corroe la legitimidad de las instituciones argentinas. La escritora Beatriz Sarlo lo sintetiza así:

"En la Argentina se ha contraído una deuda: el Estado no garantiza aquello que se había obligado a garantizar para ser reconocido legítimamente como Estado. En pocas palabras, no asegura los derechos. La Argentina vive, entonces, como acreedora de sí misma porque millones de personas no pueden ejercer los derechos de los que son titulares. La deuda asume, además, una dimensión histórica irreparable porque deja marcas que no se borrarán con el cumplimiento futuro de las obligaciones. Aun cuando se la pague, las heridas de esta deuda no cierran. Quiero decir que, incluso en una situación más benigna, el



perjuicio subsistirá para quienes no pudieron acceder a los bienes materiales o simbólicos que necesitaban de modo perentorio, para quienes vieron que su vida se percudía como consecuencia de la deuda impaga. Se han deteriorado hasta los cuerpos, que no admiten ni dilación ni diferimiento de lo prometido".

Esos cuerpos —de niños tucumanos desnutridos, de obreros sin trabajo y sin dientes, de abuelos arruinados por la falta de medicamentos, de jóvenes que recorren la calle y la noche en busca de alimento en los tachos de basura, de mujeres vencidas por la desesperante mesa vacía y que esperan su turno en la cola de los

comedores públicos— son los que desfilan ahora en las portadas de los diarios y noticiarios, como víctimas constantes y repentinas de una guerra invisible y despiadada. Esos cuerpos son los que —para muchos— se tornaron visibles tras el estallido de diciembre, luego de tantos años en que la escena pública estuvo destinada a esa pizza, ese *liffing* y ese champán que hoy todos pagan.

La Argentina deudora es esa. La que quedó impúdicamente expuesta a todas sus miserias aquel diciembre y la que hoy se enfrenta a su paupérrimo presente. Ese que ahora huele tan mal. Duele. Y anuncia que lo peor aún no terminó. ▲